

tos es el del primer amor de Pendennis: miss Fotheringay, la actriz á quien adora, mujer positiva, excelente ama de gobierno, tiene la inteligencia y la instrucción de una Maritornes. Habla al mancebo del buen tiempo que hace y del pudding que va á preparar: Pendennis descubre en esas dos frases una profundidad asombrosa de talento y una majestad de abnegación sobrehumana. Pregunta á miss Fotheringay, que acaba de representar el papel de Ofelia, si Ofelia está enamorada de Hamlet. «¡Yo enamorada de ese comiquillo de la lengua encanijado, de Bingley!» Pen indica que se trata de la Ofelia de Shakespeare. «Bien, no hay ofensa; pero por Bingley no daría yo este vaso de ponche.» Y se bebe el vaso lleno. Pen la pregunta acerca de Kotzebue. «¡Kotzebue! ¿quién es?—El autor de la obra en que ha representado V. tan admirablemente.—No sabía; el nombre que hay al principio es Thompson.» Pen se extasia con esa encantadora sencillez: «¡Pendennis! ¡Pendennis! ¡Cómo ha dicho este nombre!... ¡Emilia! ¡Emilia! ¡Qué buena, qué noble, qué hermosa, qué perfecta es!» Todo el primer volumen gira sobre ese contraste; parece que Thackeray dice á sus lectores: «Queridos hermanos en humanidad, de cada cincuenta días somos unas buenas piezas los cuarenta y nueve; el quincuagésimo, si nos limpiamos de orgullo, de vanidad, de maldad, de egoísmo, es porque nos da un tabardillo; nuestra abnegación es hija de nuestra locura.»

V

Sin embargo, á menos de ser Swift, hay que amar alguna cosa: no es posible estar hiriendo y destruyendo siempre; el corazón, fatigado de menosprecio y de odio, necesita descansar en el elogio y el afecto. Por otra parte, censurar una falta es alabar el mérito contrario, y no se inmola una víctima sin erigir un altar. Las circunstancias designan la una; las circunstancias erigen el otro; y el moralista que combate el vicio dominante de su país y de su siglo predica la virtud contraria al vicio de su siglo y de su país. En una sociedad aristocrática y mercantil ese vicio es el egoísmo y el orgullo; Thackeray exaltará, pues, la dulzura y la ternura. Poco le importa que el amor y la bondad sean ciegos, instintivos, irracionales, ridículos; tales y como son, los adora, y no hay contraste más notable que el de sus protagonistas y de su admiración. Crea tontas, y se arrodilla delante de ellas. El artista y el comentador se contradicen: el primero es irónico, y el segundo panegirista; el primero pone en evidencia las niñerías amorosas, y el segundo las ensalza; el principio de la página es una sátira en acción, y el fin una serie de ditirambos. Los elogios que prodiga á Amelia Sedley, á Elena Pendennis, á Laura, son infinitos; jamás hubo autor que hiciese la corte á sus heroínas de una manera más visible y porfiada: les inmola los hombres, no una, sino cien veces. «Es

muy verosímil que los pelicanos gocen en que los desangre el pico egoísta de sus polluelos. De lo que no cabe duda es de que las mujeres tienen ese goce. En el dolor del sacrificio debe existir una especie de placer que los hombres no comprenden... No desdeñemos esos instintos porque no podamos sentirlos. Las mujeres, señores, han sido creadas para nuestra satisfacción y recreo, como toda la turba de los animales inferiores. Trátese de un marido gandul, de un hijo dissipador ó de una alhajita de hermano, ¡cuán prontos se hallan sus corazones á derramar sobre él sus tesoros de ternura! ¡Y qué dispuestos estamos nosotros por nuestra parte á proporcionarlas esa especie de goce! Apenas habrá uno de mis lectores que no haya propinado placer en esa forma á sus mujeres, y no las haya deparado la satisfacción de perdonarle.» Cuando el autor penetra en el aposento de una buena madre ó de una muchacha honrada, baja los ojos como si llegase á la puerta de un santuario. En presencia de la piadosa y resignada Laura se detiene. «Así como ella cumplía su deber en silencio, y rezaba siempre sola y lejos de todas las miradas, á fin de tener fuerzas para cumplirle, así también nosotros debemos guardar silencio sobre virtudes á que ofende la luz, como rosas que no podrían florecer en un salón de baile.» Al igual de Dickens, tiene el culto de la familia, de los sentimientos tiernos y sencillos, de las puras y tranquilas satisfacciones que se experimentan en el hogar doméstico entre un hijo y una madre. Una expansión filial ó un dolor materno hieren en el sitio sensible á ese misántropo tan reflexivo y tan adusto, y entonces hace llorar, como Dickens (1).

(1) Véase en *El Diamante de los Hoggarty*, pág. 121, la muerte del niño, y en *El Libro de los snobs*, la última línea:

El hombre tiene enemigos porque tiene amigos, y siente aversiones porque siente preferencias. Si se prefiere la bondad y los afectos tiernos, se toma aversión á la arrogancia y la dureza; la causa del amor es también la causa del odio, y el sarcasmo, como la simpatía, es la crítica de una forma social y de un vicio público. He ahí por qué las novelas de Thackeray son una guerra contra la aristocracia. Como Rousseau, ha alabado las costumbres sencillas y afectuosas; como Rousseau, aborrece la distinción de jerarquías.

Ha escrito sobre el particular un libro entero, especie de folleto moral y semi-político, *El Libro de los snobs*. Nosotros no tenemos esa palabra, porque no tenemos lo que expresa. El *snob* es un hijo de las sociedades aristocráticas; subido en su peldaño de la gran escala, respeta al hombre del peldaño superior y desprecia al del peldaño inferior, sin enterarse de lo que valen, sino únicamente por el puesto que ocupan; le parece naturalísimo besar las suelas del primero y dar puntapiés al segundo. Thackeray enumera punto por punto las consecuencias de esa costumbre. Oid la conclusión.

«¡No puedo soportar por más tiempo esta invención diabólica de las costumbres nobiliarias, que mata la bondad natural y la honrada amistad! Justo orgullo, ¿no es eso? Jerarquía y prioridad, naturalmente. El cuadro de las jerarquías y de las distinciones es una mentira y debería arrojarse al fuego. Organizar jerarquías y prioridades! Eso era bueno para los maestros de ceremonias de las pasadas edades. Ahora hace falta un gran mariscal que organice la *igualdad* (1).»

«Buena es la broma; mejor aún la verdad, y el amor mejor que nada.»

(1) *El Libro de los snobs*, pág. 322.

Luego añada sensatamente, con una rudeza y una familiaridad completamente inglesas:

«Si alguna vez nuestros primos los Smigmags me invitasen al mismo tiempo que á lord Orejudo, aprovecharía una ocasión, después de comer, para decirle con la mayor afabilidad del mundo:—Caballero, la fortuna se ha servido regalar á V. varios miles de libras esterlinas al año. La inefable sabiduría de nuestros ascendientes le ha colocado á V. sobre mí, como jefe y legislador hereditario. Nuestra admirable Constitución (orgullo de los ingleses y envidia de las vecinas naciones) me obliga á ver en V. mi senador, mi superior y mi tutor. Su primogénito de V., Fitz-Han, tiene asegurado un puesto en el Parlamento. Sus otros hijos, los de Bray, se resignarán á ser capitanes de navío y tenientes coroneles, á representarnos en las cortes extranjeras y á aceptar buenos beneficios cuando la ocasión los depare. Nuestra admirable Constitución (orgullo de los ingleses y envidia, etc.) declara que tiene V. derecho á esas ventajas, sin consideración á su imbecilidad, á sus vicios, á su egoísmo ó á su incapacidad y á su absoluta extravagancia. Por imbécil que sea V. (y tenemos tanto derecho á suponer que milord es una acémila como á pasar porque es un patriota ilustrado), por imbécil que sea V., repito, nadie podrá creerle tan monstruosamente loco que fuese V. indiferente á su fortuna y sintiese la menor veleidad de renunciar á ella. No; y por patriotas que seamos Smith y yo, si fuésemos duques, no niego que seríamos partidarios de nuestra casta: pero Smith y yo no somos condes todavía. No creemos conveniente para el ejército de Smith que el joven de Bray sea coronel á los veinticinco años, ni para las relaciones diplomáticas de Smith que lord

Orejudo sea embajador en Constantinopla, ni para nuestra política que ningún Orejudo meta en ella su pata hereditaria. No podemos dejar de ver, Sr. Orejudo, que valemos tanto como V. Hasta sabemos la ortografía mejor que V.; podemos razonar no menos acertadamente, y no queremos tenerle por amo más tiempo, ni limpiarle más las botas (1).»

Esa opinión del político no hace más que resumir las observaciones del moralista. Si odia á la aristocracia es, más que porque oprime al hombre, porque le corrompe; deformando la vida social, deforma la privada; instituyendo injusticias, instituye vicios; después de haber monopolizado el Estado, envenena el alma, y Thackeray descubre su huella en la perversidad y en la mentecatez de todas las clases y de todos los sentimientos.

El rey inaugura esa galería de retratos vengadores. Es Jorge IV «el primer noble del mundo». Ese gran monarca, tan justamente sentido, supo cortar patrones, guiar un coche tan bien como un cochero de Brighton, y tocar el violín. En el vigor de la juventud y en el primer fuego de la invención, inventó el ponche de marrasquino, una hebilla de calzado y un pabellón chino, la construcción más horrible del mundo. «¡Le hemos visto en el teatro de Drury-Lane, hemos visto al único!, ¡al rey! Sí, al rey. Estaba allí. Delante del augusto palco se hallaban los estaferos. El marqués de Steyne y otros altos funcionarios del Estado permanecían en pie detrás del sillón en que estaba sentado él..., en que estaba sentado él, con su cara tan colorada y tan fresca, con su abundante cabellera rizada y sacando hacia adelante el noble vien-

(1) *El Libro de los snobs*, pág. 322.

tre. ¡Qué manera de gritar, de aplaudir, de agitar los pañuelos! Las señoras lloraban; las madres abrazaban á sus hijos. Algunas se desmayaron. Sí; le hemos visto. Ahora ya el destino no puede privarnos de esa alegría. Otros han visto á Napoleón. Sea nuestro justo orgullo ante la posteridad haber contemplado á Jorge el Bueno, á Jorge el Magnífico, á Jorge el Grande.»

¡Caro príncipe! La virtud que emanaba de su heroico trono se difundía en el corazón de todos los cortesanos. ¿Quién ofreció nunca ejemplo más hermoso que el marqués de Steyne? Ese señor, rey en su casa, ha querido probar que lo era. Obliga á su mujer á sentarse á la mesa al lado de muchachas perdidas, concubinas suyas. Como verdadero príncipe, tiene por enemigo principal á su primogénito, heredero presunto del marquesado, á quien deja ayunar y á quien impulsa á contraer deudas. En este momento corteja á una mujer encantadora, á mistress Rebeca Crawley, á quien ama por su hipocresía, su sangre fría y su insensibilidad sin igual. El marqués, á fuerza de envilecer y de tiranizar á los que le rodean, ha acabado por odiar y despreciar al hombre; no le gustan ya más que los malvados perfectos. Esa mujer le despierta; un día llega á transportarle de entusiasmo. Representaba á Clitemnestra, y su marido á Agamenón; ella corre hacia el lecho, con los ojos inflamados, con la espada preparada y con tal ademán que todos se estremecen: «¡Brava! ¡brava!—grita el viejo Steyne con voz estridente.—¡Por Dios, lo haría!» Se ve que el hombre tiene el sentimiento del deber conyugal. En su conversación despliega una franqueza arrebatadora: «No puedo despedir á mi pobre Brigs—le dice Rebeca.—¿La debe V. su salario?—Mucho

más: la he arruinado.—¿Arruinado? Entonces, ¿por qué no la despide V.?» Aparte de eso, *gentleman* cumplido y de una dulzura atractiva: trata á sus mujeres á lo bajá, y sus palabras equivalen á varazos. Recomendando al lector la escena doméstica en que manda invitar á mistress Rebeca Crawley. Lady Gaunt, su hija política, dice que no asistirá á la comida, y se quedará en sus habitaciones. «¡Muy bien! Allí encontrará V. á los alguaciles; eso me dispensará de prestar á sus parientes y de ver la prosopopeya trágica de V. ¿Quién es V. para mandar aquí? V. no tiene dinero, V. no tiene mollera. V. estaba aquí para tener hijos, y no los tiene. Gaunt está harto de V. Su cuñada de V. es la única de la familia que no desea verla muerta, porque, si V. se muriese, Gaunt volvería á casarse. ¡Vaya con la gazmoña! ¡Por Dios! ¿Quiere V. que la cuente algunas anecdotitas sobre milady Bareacres, su mamá de V.?» Lo demás por el mismo estilo. Sus hijas políticas, no pudiendo resistir más, dicen que quisieran morir. Esa declaración le llena de alborozo, y concluye afirmando: «Este templo de la virtud me pertenece; y, si convidó á todo Newgate ó á todo Bedlam, ¡por Dios, que serán bien recibidos!» El hábito del despotismo crea los déspotas, y el mejor medio de tener tiranos en las familias es conservar nobles en el Estado.

Detengámonos á contemplar el noble rural. La inocencia de los campos, los respetos hereditarios, las tradiciones de familia, la práctica de la agricultura y el ejercicio de las magistraturas locales han debido producir allí hombres probos, sensatos, llenos de bondad y de honradez, protectores de su condado y servidores de su país. Sir Pitt Crawley les ofrece un modelo; tiene cien mil pesetas de renta, y dos puestos en el Parlamento.

Verdad es que los dos puestos se los dan distritos venales, y que él vende el segundo por mil quinientos doblones al año. Es una hormiguita, y desuella tan bien á sus colonos, que no encuentra por arrendatarios más que quebrados. Empresario de diligencias, proveedor del gobierno, concesionario de minas, paga tal mal á sus agentes y escatima tanto el gasto, que sus minas se inundan, sus caballos se mueren de hambre, y le rechazan sus provisiones. Hombre popular, prefiere siempre el trato de un chalán á la compañía de un *gentleman*. Jura, bebe, bromea con las mozas de posada, toma un vaso de vino á la mesa de un colono á quien echa al día siguiente, ríe con un cazador furtivo á quien manda deportado á Australia dos días después. Tiene el acento de un provinciano, el meollo de un lacayo, los modales de un patán. En la mesa, donde le sirven en plata maciza tres criados y un sumiller, pide cuenta de los platos y de los animales de que proceden. «¿Qué carnero era este, Horrock, y cuándo le han matado Vds.?—Uno de los escoceses de cabeza negra, sir Pitt. Le matamos el jueves.—¿Quién compró la carne?—Steel de Mudbury se llevó la espalda y las piernas, sir Pitt...—¿Y las chuletas?» El diálogo continúa en el mismo tono: después del carnero de Escocia, el cerdo negro de Kent; sir Pitt se interesa tanto por esos animales, que parecen su familia.—A sus hijas, en cambio, las deja gandulear en la caseta del jardinero, para que recojan la educación que encuentren. A su mujer la pega de vez en cuando. A la servidumbre no le perdona un *farthing* (1) en las cuentas. «Un *farthing* al día hace siete chelines al año; siete chelines al año son el interés de siete guineas.

(1) Como si dijéramos «una blanca».—N. DEL T.

Tenga ojo con los *farthings*, Tinker, y no le faltarán guineas.—En su vida ha dado un *farthing*, dice la vieja refunfuñando.—En la vida, y jamás le daré: es contra mis principios.» Es insolente, brutal, grosero, sórdido, redomado, extravagante. Lo cual no impide que, cortejado por los ministros, honrado por todo el mundo, hecho gran *sherif*, arrastre carretela y sea una potencia, uno de los pilares del Estado.

Esos son ricos; probablemente los ha corrompido el dinero. Busquemos un noble pobre, exento de tentaciones; su gran alma, entregada á sí misma, dejará ver toda su nativa hermosura: en este caso se halla sir Francis Clavering. Ha jugado, bebido y comido hasta quedarse por puertas. Ha estafado dinero en su regimiento, y después de recorrer todos los billares de Europa, se ha visto metido en la cárcel por acreedores descorteses. Para salir de allí, se casa con una viuda criolla que ultraja á la ortografía, y cuya fortuna no es de origen muy limpio. La arruina; se pone de hinojos delante de ella para sacarla dinero y obtener su perdón; jura por la Biblia no contraer más deudas, y, al salir, corre á casa del prestamista. Es el más innoble de todos los pillos que los novelistas han puesto en escena. No tiene seso ni carácter; es un perdido. Se traga las afrentas como quien bebe agua; llora, pide perdón y vuelve á las andadas. Se humilla, se prosterna, y al minuto echa pestes y juramentos, para tornar al abatimiento y á la más superlativa cobardía. Implora, amenaza, y un instante después toma al hombre amenazado por confidente íntimo y amigo del alma. «¿No es cosa fuerte, Altamont, que milady no quiera confiarme ya una sola cuchara? Eso no es propio de una lady, Altamont. ¡Es demasiada crueldad no demostrarme mayor confianza! ¡Y los tunos de los